

# Bajo el concreto, bajo la luna



*Juan Sebastián Sánchez Mendoza \**

*juanacrata@gmail.com*

La luz de la luna se esconde de sus ojos por el techo de ladrillo del túnel que sostiene a la carrera séptima con 39 y que pasa por encima del caño Arzobispo o “de camaján” (nombre que le ha puesto “el parche” que vive debajo). Es de madrugada. Sólo se escucha la respiración agitada de los parceros, los escasos carros al pasar, la lluvia, la rauda corriente de aguas negras del caño y uno que otro comentario sin importancia que sale de vez en cuando de sus bocas. Sus caras pálidas y agujereadas sonrían en un escenario siniestro. Esto es lo que se ve y se siente al entrar en la noche al túnel desolado, y sus paredes de concreto, el fétido olor que exaspera el olfato, los agujeros en lo alto de sus paredes desgastadas y la oscuridad disipada sólo por la tenue luz de mi cigarrillo; todo esto combinado con el temor de una redada policial le dan un aspecto de horror al túnel.

Pero ellos esa noche, inocentes de lo que les esperaba, reían mientras se drogaban, sintiendo apenas el temblar de sus piernas doblegadas por el frío de las madrugadas lluviosas de Bogotá. Y sin aviso alguno el terror entró húmedo desde arriba, desde el Parque Nacional. Una tremenda corriente de agua, rocas y barro se abismó sobre ellos. Sin piedad fueron arrastrados por el agua violenta. Sólo uno, ‘El Tatú’, se pudo agarrar del caucho de unos cables viejos, de antiguas conexiones eléctricas sujetas a la pared. Son apenas unos cortes de grueso caucho, ya que todo el cobre de la electricidad del túnel lo vendieron en chatarrerías del centro. Solo él, ‘El Tatú’, sobrevivió.

En diciembre último, una fría noche murieron, sin dejar rastro, cinco habitantes de la calle a los que sorprendió una fuerte subida del nivel del agua. ‘La Flaca’ —quien por casualidad no se encontraba en el momento—, describe el río subido como impredecible: “Ese río es

▷▷ \* Estudiante de Antropología, Universidad Externado de Colombia.  
Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

*traicionero*”, opinión que ratifica ‘El Tatú. *“Yo estaba haciendo del cuerpo, relajado, cuando se me vino esa mano de agua”*, me comenta con un tono inexpressivo.

‘El Tatú’ es un personaje frío. Sus ojos casi inertes, su cabello crespo, enredado y sucio, sus varias cicatrices y su cara pálida expresan lo dura que ha sido su vida. De sus amigos muertos no se supo nada desde la noche en que fueron arrastrados por el río; el caño los pudo haber arrastrado esa noche, tal vez vivos, hasta donde vuelve a ser subterráneo, que es en la carrera 24 con 44. Luego, en la oscuridad total, con la compañía única del las rocas, el barro, los desechos que arrastra el caño, la desgracia y el fétido olor de las aguas negras, murieron ahogados y sepultados. Y no se encuentra ningún registro en los diarios sobre su trágica muerte, como no se encontraron sus cuerpos.

*“Los parceros se ahogaron y ni idea de ellos, nunca se volvieron a ver”*. Además, no se puede tener idea alguna de hasta dónde pudieron llegar los cuerpos ya inertes de sus compañeros. Pero ellos afirman casi al unísono, como un eco: *“Nosotros ya llevamos muchos años acá y ya no nos vamos”*.

#### ♦ **“Aquí vivimos bien”**

En este momento viven cinco personas allí: ‘El Albert’, ‘El Rolo’, ‘El Toribia’, ‘La Chinga’ y ‘La Flaca’, que ya construyeron su hogar bajo el puente. *“Aquí vivimos bien”*, afirman cuando les pregunto por su forma de vida en grupo y bajo el puente. En el día *“cada uno coge por su lado”*, algunos van a comedores comunitarios. ‘La Flaca’ se mantiene en la esquina del Parque Nacional casi todo el día. Cuando cae la noche, se encuentran varios o todos, y con el producido que les ha quedado después de comer y comprar algo de beber se sumergen en las profundidades subterráneas de las impredecibles alcantarillas para consumir bazuco.

‘La Flaca’, una mujer baja, con un rostro desgastada y sucio, no ha dejado de sonreír con sus seis dientes ausentes desde que llegué. Me cuenta lo que ocurrió a sus compañeros de lucha y me recuenta su dura y azarosa vida desde que salió huyendo de su casa, a los 14 años, por los abusos y maltratos que recibía de sus padres y hermanos. Eran cinco hermanos y ‘La Flaca’, y como si no fuera suficiente con sus hermanos, su papá también abusaba de ella. Sin ningún lugar a dónde ir entró al mundo callejero del delito y las drogas. Llegó a la frialdad de la cárcel, ya que hirió a un hombre que la intentó violar una noche en una olla de La Perseverancia. Se encontraban soplando bazuco y el tipo le ofreció unas cuantas “bichas” (papeletas que contienen el bazuco), a cambio de satisfacer su necesidad sexual, a lo que ella se rehusó firme; como él intentó arrancarle los harapos, ella sin vacilar le enterró un cuchillo en el pecho. El hombre no murió y la envió a la cárcel acusada de intento de homicidio. Hace 15 años se fue a vivir bajo el puente, y dice que han sido relativamente tranquilos: sólo el río en invierno y la Policía representan un peligro para ellos.

La otra vez la encontré corriendo por el caño mientras un agente de la Policía bajaba de un camión para arrestarla, sin haber cometido delito alguno. *“Yo sigo aquí, luchándola, y además mis doctorcitos me respaldan con la liga”*, me cuenta con una sonrisa alegre y expresiva refiriéndose a los oficinistas de los edificios cercanos que le colaboran y no sin desconfianza hablan con ella.

No la conozco más. Es difícil conocerlos más, su vida los ha vuelto duros y solitarios. Aunque me hablan con aparente respeto, me doy cuenta de que me ocultan algunas cosas que tal vez les avergüenzan o tal vez sienten que no me deben contar.

¿Qué más les puede pasar en una vida bajo la luna, bajo el concreto?